

CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA

- 53 -

EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA

DIEGO FALLON

DIEGO FALLON

Por Jorge Montoya Toro

El descubrimiento de la naturaleza como fuente de emociones y de simbolismos para expresar múltiples estados del ser, fue una de las adquisiciones del romanticismo en su tarea renovadora. No fue ya la naturaleza un mero elemento decorativo, propicio a las frías disertaciones didácticas del pseudo-clasismo, sino un rico manantial de donde fluían innumerables sugerencias y asociaciones evocadoras que corrían parejas con el desbordado torrente del sentimiento romántico. El poeta halló, entonces, mutua correspondencia entre su exaltado temperamento y la exuberante fuerza del paisaje circundante que le brindaba motivos y consolaciones, temas de inspiración y cauces de desahogo emocional. Fueron sus aliados constantes la luna y las estrellas, el arbusto y la flor, el océano y los ríos. A su fluctuante vida asimiló el impulso de sus sentimientos, también misteriosos y lejanos como las constelaciones, efímeros como las flores y en oscilación permanente como las aguas. El egocentrismo romántico puso a girar en torno suyo todos los elementos que enantes sólo fueran adorno del poema y les dió verdadera función vital al comunicarles el cálido aliento de su propia sangre apasionada.

Uno de los poetas colombianos que mejor definen esta tendencia a la incorporación de la naturaleza en el poema es Diego Fallon, el cantor de "La Luna", "A la palma del desierto" y "Las rocas de Suesca". En un idio-

ma de contenida emoción, que contrasta con el desbordamiento poético de otros cultores del romanticismo en nuestra patria, Fallon exalta el paisaje y entreteje delicados elogios que, especialmente en el caso del poema primeramente citado, están a la altura de la más depurada poesía romántica de todos los tiempos y países.

La contemplación de la luna, en el esplendor de nuestro paisaje tropical, lleva a Fallon a discurrir bellamente por los predios de la más fina poesía de la naturaleza y a asociar maravillosamente —eterno eslabón entre lo creado y su Creador— la grandeza de los fenómenos que se ofrecen a nuestra vista con la invisible mano misericordiosa que cotidianamente siembra la existencia de prodigios. No ya en la meditada palabra de Fray Luis, en filosófico devanar de conceptos para descubrir a Dios en medio de la maravilla de la noche estrellada, sino en un más abierto lenguaje expresivo florecen las figuras con que el poeta traza sendas al corazón rumbo a la eterna fuente de belleza, al principio de toda creación. La fe viste los versos de Fallon de un bello ropaje conceptual y tiñe su poesía de acendradas esencias de religiosidad sincera. El ímpetu del alma ansiosa de volar hacia mundos mejores hace incurrir al poeta en exclamaciones de la más típica exaltación romántica:

Se agita mi alma, desespera, gime,
sintiéndose en la carne prisionera;
recuerda, al verte, su misión sublime,
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
ésta que siento, imagen de Dios mismo,
para tender su vuelo no bastara
del firmamento el infinito abismo;

porque esos astros, cuya luz desmaya,
ante el brillo del alma, hija del Cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre a su futuro vuelo.

Mas, aparte del sentimiento religioso que impera en el poema a "La Luna", de Fallon, hay en él, por el aspecto formal, una serie de verdaderos hallazgos expresivos, que limitan con la más exigente poesía de todas las épocas. "La luna aparta el nebuloso velo", "Y la insondable soledad por manto", "franjando en torno tu dosel de nubes", "De allí desciende tu callada lumbre", "Sierpes de plata el valle recorriendo", "en luminosas perlas se liquida", "A tu mirada, suspendido el viento", son versos del más delicado matiz, emparentables con otros de los conspicuos cultores de la gran poesía española de los Siglos de Oro. Recuerda uno, al paladear versos de tan exquisita transparencia y de tan fina entraña musical, la clara voz eglógica de Garcilaso, el clima férvido del soledoso Fray Luis y el decir adobado de elegantes contornos del Góngora barroco.

Ponderamos las excelencias del poema a "La Luna" de Diego Fallon y no nos detenemos en la consideración de los otros dos poemas que dieron nombre al destacado escritor romántico, porque si bien dichas composiciones están dentro de la misma línea de exaltación de la naturaleza, que hemos señalado como directriz principal en la obra del autor estudiado, no comportan, en nuestro sentir, una idéntica excelsitud de lograda matización lírica como la que es fácil apreciar en el elogio al astro nocturno. Está, indudablemente, más cerca de la sensibilidad moderna, el canto a la luna que la prolija descripción no exenta de superfluo acento declamatorio de los poemas "A la palma del desierto" y "Las rocas de Suesca". Es porque quizá se prestaba más el tema insinuante de la luna, compañera del poeta en sus transportes emotivos, a la elaboración de una poesía de mayor autenticidad lírica y al despliegue de galas expresivas de una más alta esencia. La fluidez del verso en el poema a la luna contrasta con la dureza y falta de vuelo de muchas de las estrofas de los otros dos poemas mencionados, carentes de la unidad estilística y de la armonía que campean en aquel.

A LA PALMA DEL DESIERTO

¡Palma gentil, del bosque soberana!
Yergue tu cuello ufana,
que ante tu excelso tronco, la techumbre
de la alta selva apenas es alfombra
do tendida tu sombra
ondula del ocaso a la áurea lumbre!

Sí, que del bosque el secular follaje
te rinde vasallaje,
al par que tú, con trémulos vaivenes,
audaz a la región del trueno subes
para que orlen las nubes
con diáfano cendal tus regias sienes.

Al desatarse allí tu copa al aire
¡con qué gentil donaire
el verde encaje mece cada rama!
Tal, en brillante fiesta, ondula, juega,
se descogé o repliega
el abanico de andaluza dama.

Y si al hechizo de tu esbelto talle
desde lejano valle
vuela a pulsar enamorado viento
tus muelles flecos en la noche umbría,
tu copa al cielo envía
himnos de amor en regalado acento.

De amor sin par; que al son de tu ramaje,
del árabe el linaje
meció feliz tu primitiva cuna;
y sólo tú seguístele proscrito
al arenal maldito
donde vaga sin rumbo y sin fortuna;

Do no se ve del matinal rocío
el fúlgido atavío
al sol brillar sobre tus verdes frondas,
ni de sereno lago en la ribera
tu imagen hechicera
oscilar a tu pie bajo las ondas;

Do no se escuchan trinos, ni el murmullo
de fuentes, ni el arrullo
de palomas, ni brilla flor galana,
verde sembrado ni lozano huerto:
¡Sólo tú... y el Desierto!
¡El rojo sol... y errante caravana!

¡El sol! Que por centurias hiere en vano
tu ramaje liviano,
porque su rayo, a tu vaivén airoso,
sobre tus hojas fascinado duerme.
¡Que la hermosura inerme
siempre el escollo fue del poderoso!

Allí tu tronco estremecido cruje
del ábrego al empuje,
que la arena levanta en turbia espira,
y tu copa descuella siempre sola,
pabellón que enarbola
el Amor sobre el campo de la Ira!

¿O acaso el Yermo en tiempo primitivo
al defender altivo
su manto de verdor, luchando en vano
contra el poder que le dejó desnudo
salvar apenas pudo
ese girón en su convulsa mano?

¡Ah, sí! ¡Venid, y tras la huella mía
seguidme hasta la ería
llanura sin confín! Con la voltaria
arena por alfombra, con la lumbre
del cielo por techumbre,
entremos en la ardiente y solitaria

Región del Exterminio: do triunfante
sobre nube gigante
de raudo, polvoroso torbellino,
su espectro cruza el ámbito infecundo!...
Refléjense del mundo
la informe cuna y el final destino.

Sobre este vasto espejo de la Nada,
donde la luz lanzada
sobre la faz del arenal bravío

—como del siglo la rebelde ciencia—
derrocha su opulencia
en alumbrar la Nada y el Vacío!

Menos traidora la Tiniebla, acata
el pudor, y recata
su estéril seno en negra vestidura:
la luz que a la Esperanza corta el vuelo
es tiniebla sin velo
que audaz se ostenta en desnudez impura!

Sí ¡desdichado suelo! tus raudales,
tus nieblas matinales
huyeron, con tu gala verdecida,
tus frutos, tus aromas y tus flores;
y te fueron traidores
aun los gérmenes mismos de la vida!

Y fue tu mismo sol el incendiario!
El Siroco nefario
que con lúgubre aullido el fuego atiza,
un tiempo el aura fue de tus jardines!
Tu arena sin confines
es de tu antigua pompa la ceniza!

No el horizonte bástale por fosa;
la ceniza rebosa
del cerco azul por sobre el linde vago,
y el mustio polvo, allí, de humanas greyes
al polvo de los reyes
mezcla el Simún con pavoroso estrago:

Que los reyes que púrpura vistieron,
cetro y vida rindieron
ante el Poder que exalta y que destrona:
mas del frondoso reino la presea,
en cuya cien cimbrea
de ondulante verdor triunfal corona;

Esa, que invicta en garbo y esbelteza,
prólfica adereza
reparador manjar en blando nido
que pródiga recata en su corona,
o ya el óleo sazona
que de la pingüe oliva pone olvido;

Esa que herida en la procerá frente,
la vivifica fuente
mana, cuyo raudal emula ufano
la blanca espuma que al nacer el día
exprime en la alquería
de la vaquera la robusta mano;

La que opulenta en su collar espacia
con generosa audacia
de cauteladas urnas los turgentes
senos, donde la cándida ambrosía
y el refrigerio cría
para sustento a desvalidas gentes;

La que de frutos mil ostenta opimo
el pródigo racimo,
blasón y prez de su donoso tallo,
no la vida rindió, que su diadema,
al par que regio emblema
tesoro y vida fue para el vasallo.

Por eso, aun hoy, allí, tu cetro impera,
¡munífica palmera,
honor y timbre de la ardiente zona!
Tu conquistaste inmarcesible vida
y reina fuiste ungida
por la mano que exalta y que destrona!

Y luego osaste intrépida y fecunda
de la tribu errabunda
los destinos seguir hasta el Desierto,
y eres del aduar único amparo
y del oasis faro,
y en proceloso trance único puerto!

Y de tu blonda cuelgas al abrigo
para rey y mendigo,
con largueza sin par que al mundo asombra,
del dátíl redentor el rico enjambre;
que el espectro del Hambre
jamás violó el recinto de tu sombra.

¡Jamás!... Cuando el Simún abate el vuelo
y al pavorido suelo
se desploma su inmenso torbellino,

tu copa exhala acentos de sirena
sobre la mar de arena,
que lejos oye el triste peregrino;
Y un grito al columbrarte en lontananza
el peregrino lanza,
bendice a Alá y en su oración te nombra;
y tú le brindas fruto y dulce ambiente,
y acaricias su frente,
su tienda y su camello con tu sombra!

× × ×

LA LUNA

Ya del Oriente en el confín profundo
la luna aparta el nebuloso velo,
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
su faz humilde al cielo levantada;
y el hondo azul con elocuencia muda
orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vacía,
y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh luna, a lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre
y en argentinas gasas se despliega
de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.



Con sesgo rayo por la falda oscura
a largos trechos el follaje tocas,
y tu albo resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

O al pie del cerro do la roza humeá,
con el matiz de la azucena bañas
la blanca torre de vecina aldea
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
vense a tu luz las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, oh luna,
vuelo al través de solitarias breñas
a los lejanos valles, do en su cuna
de umbrosos bosques y encumbradas peñas.

El lago del desierto reverbera,
adormecido, nitido, sereno,
sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones
donde la humana voz jamás se escucha,
laberintos de selvas y peñones
en que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
hijas del Caos, por el mundo errantes,
náufragos restos de la antigua Nada,
que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
luce del cerro en la áspera pendiente
y a trechos ilumina en la espesura
el ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
cuando en la espuma del raudal retoza,
o con la fuente llora que perdida
entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
hendiendo el bosque a penetrar alcanza
y alumbra al pie de despeñadas linfas
de las ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido, el viento:
ni árbol ni flor en el desierto agita;
no hay en los seres voz ni movimiento;
el corazón del mundo no palpita...

¡Se acerca el centinela de la Muerte!
¡Hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia
su propia desnudez el alma advierte,
su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
que del silencio la insondable calma
de los sepulcros es tremendo grito
que no oye el cuerpo y estremece el alma.

Y a su muda señal la fantasía
rasgando altiva su mortal sudario,
del infinito a la extensión sombría
remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende;
y desde allí contempla arrebatada
el piélago de mundos que se extiende
por el callado abismo de la Nada...

El que vistió de nieve la alta sierra,
de oscuridad las selvas seculares,
de hielo el polo, de verdor la tierra,
de blando azul los cielos y los mares,

echó también sobre tu faz un velo,
templando tu fulgor, para que el hombre
pueda los orbes numerar del cielo,
tiemble ante Dios y su poder le asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamento,
a sumergirme torno entre mí mismo
y se pierde otra vez mi pensamiento
de mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes a lo lejos enlutados
pienso que son las tumbas do se encierran
las cenizas de mundos ya juzgados.

El último lucero en el Levante
asoma, y triste tu partida llora
cayó de tu diadema ese diamante,
y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh luna, adió! Quisiera en mi despecho
el vil lenguaje maldecir del hombre,
que tantas emociones en su pecho
deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera, gime,
sintiéndose en la carne prisionera;
recuerda al verte su misión sublime,
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
esta que siento, imagen de Dios mismo,
para tender su vuelo no bastara
del firmamento el infinito abismo:

porque esos astros cuya luz desmaya,
ante el brillo del alma hija del cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre a su futuro vuelo.

× × ×

LAS ROCAS DE SUESCA

— I —

Coronados de pencas y de arbustos,
sobre altos precipicios suspendidos,
ved de gigantes los informes bustos
en éxtasis eterno sumergidos.

Un gesto horrible allí petrificado,
con nariz trunca y arrugada frente,
decir padece al que le queda al lado
que le pisan un callo eternamente.

De otro coloso en la entreabierta boca
las águilas sus nidos han formado,
y del labio inferior bermeja roca
cuelga como la lengua del ahorcado.

Y sobre mí la mole vacilante,
tenida allí por invisible dedo,
díjome con acento de gigante:
“Húye, mortal... o sobre ti, me ruedo”.

A la voz ¡húye!, víme en tal aprieto,
que no hallando de pronto una tangente,
resolví descender por el cateto
de un triángulo de estratas adyacente:

triángulo que en sus pardos murallones
sustenta de otros mil masa confusa,
y en antediluvianos mojicones
apoya la musgosa hipotenusa.

Cruzan con la mirada el horizonte
cuatro patriarcas de semblante duro,
a quienes miran del opuesto monte
otros patriarcas de guijarro puro.

Y por saber si a conversar se prestan,
—¿Qué hacéis ahí?— preguntoles en verso,
y en mudo endecasílabo contestan:
“Aguardamos el fin del universo”.

Escucho luégo, lo que apenas creo,
cual el rumor de viento que se aleja,
un singular y vago cuchicheo
entre las altas peñas de la ceja:

cuando hacia el sitio la atención dirijo,
de abuelas miro inmóvil caravana,
festejando con hosco regocijo
el fausto complesiglos de una hermana.

Es la faz de ésta avinagrada mueca,
con letras chibchas en los dos carrillos;
el moño, de aluvión y yerba seca,
de liquen el collar y los zarcillos.

Secas raíces que a los lados penden
forman su escasa cabellera grifa,
y tres cabras, que el riesgo no comprenden,
le comen la capul a la cachifa.

Un pañuelo de musgo y lama verde,
con prendedor de quinche al seno atado,
remata el traje: lo demás se pierde
tras un dosel en el peñón tallado...

Es fumadora la siguiente roca,
y por cigarro tiene, aunque apagado,
en el rincón izquierdo de la boca
de un frailejón el tronco retostado.

A la sazón en el opuesto monte
caliginoso nubarrón se asienta,
y en sombras sepultando el horizonte
va a desatarse en hórrida tormenta,

cuando la zalamera fumadora
al crespo nubarrón así interpela:
—¿Motosito! —¿Qué manda, mi señora?
—Que me prestes, mi negro, tu candela.

Lanza la nube un rayo de su seno
al frailejón entre la grieta fijo;
tiembla la tierra al pavoroso trueno,
y la abuela contesta: "Gracias, hijo".

Y sigue en tanto un vago clamoreo,
ora cual raudo viento que se aleja,
ora cual soterrado campaneo
entre las peñas de la torva ceja.

Pongo el oído atento, de sus voces
oigo la cavernosa resonancia;
llorar parecen los perdidos goces
de su inocente submarina infancia.

—¿No recuerdas, Miocena —exclama una—
aquellos tiempos libres de pesares,
cuando fue pabellón de nuestra cuna
el manto azul de primitivos mares?—

—Aún se remonta a tiempos anteriores,
cara hermana Pliocena, mi memoria,
y me pinta con vívidos colores
de nuestro origen la remota historia,

cuando de nuestros cuerpos las sutiles
desligadas partículas sin cuento,
en juegos y reyertas infantiles,
flotaron en el líquido elemento;

y la vieja Borrasca sus canciones
entonaba agitando aquellas riñas
con chinesco de truenos y aquilones
desde fuera gritando: “¡Bailen, niñas!”

Hasta que la invisible superiora
con su sorda llamada, desde adentro,
la madre Gravedad, avitadora
del vasto mundo en el fundido centro,

al fin a nuestros lechos nos atrajo,
hizo cesar los fuegos y la riña,
cantando sin cesar y en tono bajo
con rumorosa voz: “Duérmete, niña”.

¡Almas de la Cotopa y la Cocigua,
y *mama* Chimba, y todas nuestras madres,
que fueron ¡ay! la cordillera antigua;
y almas de los inviernos, nuestros padres.

Hijo de la Cotopa dicen que era
el muchachuelo aquel tan consentido,
que de entonces *lisiado de hervidera*
no dejaba dormir con su ronquido.

—¡Ay, sí! Cotopaxito, por supuesto:
mi amigo fue, ¡lo tengo tan presente!
Dicen que ahora con su hermano ha puesto
hornos de fundición en Occidente.

Mas, del cimientito el rezongar profundo
súbito escucho herido de sorpresa,
que a las cornisas, viejas como el mundo,
“Muchachas”, dice, “¿qué algazara es esa?”

Enmudecieron todas un instante;
mas luégo que el cimientó venerando
tornó a dormir, la peña intermediente
dio de ello aviso, y se siguió charlando.

Siluria, la mayor, anciana austera,
que de su clara estirpe vio la gloria,
vivo guardaba de su edad primera
el recuerdo feliz en la memoria.

Que su prosapia sube hasta el más alto
rango; porque *Plutón* el rey, la Infanta
doña *Tranquita*, el Duque de *Basalto*
y el Príncipe *Granito*, cuya planta

sonda la mar del subterráneo fuego
mientras sus sienes baña en los sombríos
golfos del polo, todos, desde luego,
según sus pergaminos, son sus tíos.

Y de esos pergaminos no se puede
dudosa hacer la antigüedad presunta,
que al herirlos, burlada retrocede
del taladro tenaz la recia punta.

Mas contempladla! ¡Sobre la ancha frente
en vano el sol sus dardos ha lanzado,
en vano, al par, la lluvia disolvente,
el rayo, el aquilón, la han azotado!

¡Ved! De sus cejas trazan la figura
sendos cordones de erizadas pencas,
y he visto fulgurar, en noche oscura,
del cazador la hoguera entre sus cuencas.

Es de su alta nariz el bloque corvo,
atalaya del buitre carnicero,
que desde allí condena, inmóvil, torvo,
su presa a muerte en el lejano otero.

Su boca, agreste ermita donde vierten
mortal sudor las piedras; do se llaman
a iglesia los conejos cuando advierten
que los hambrientos galgos los reclaman;

y es sacristán de aquella gruta pía
un armadillo, que a la mansa vieja
le ha perforado interna galería
que comunica oreja con oreja.

Miréla. Alcé mi voz: —Augusta anciana—
interpelé con hondo acatamiento—
a vos ruego cantéis en lengua humana
vuestra patria, abolengo y nacimiento.

Viento improviso que del valle sube,
penetrando en el hueco de su boca
de arena expele giradora nube
y, libre su garganta, así la roca:

—El Océano que hoy al Occidente
dilata sus cerúleos horizontes,
cubre de nuestro patrio continente
los hondos valles, los altivos montes.

Esos montes, un tiempo, esas llanuras,
desde el abismo a la nevada cumbre,
ostentaron galanas vestiduras
de la luna y el sol bajo la lumbre.

Las celestes montañas que cruzaban
de confín a confín el patrio suelo,
por cima de las nubes perfilaban
sus vastas cumbres sobre el tul del cielo:

cumbres que fueron trono soberano,
regia mansión en fuerzas opulenta,
donde empuñó con fulminante mano
su flamígero cetro la tormenta;

donde regaba arrebozada en nieblas
sus jazmines el alba veladora,
y separaba el sol de las tinieblas
con su jardín de luz la rubia aurora.

Los flancos sustentaban de la altura
de inmensas moles las pendientes rasas
que revelaban ser por su textura
de primaria fusión enfriadas masas.

Allá —de imperio la mirada llena,
en ademán de enérgico tribuno,
con sólo el mudo ceño el mar enfrena
un basáltico espectro verde-bruno.

Y acá —la faz de viso cristalino
fija en la lumbre del lejano Oriente,
un síliceo peñón, de su destino
el fin aguarda con serena frente.

Y el fin llegó; que fuerzas soterradas
trabaron con el monte horrenda lucha
que conmovió regiones dilatadas.
Se acercaba mi tiempo. Atento escucha:

De esa primaria sílice los bloques
por el potente impulso destrozados
a la honda quiebra tras tremendos choques
en fragmentos sin fin fueron lanzados.

Con fragor en el fondo se azotaba
más que fiero torrento, inmenso río;
que en las venas del orbe rebosaba
de su pujante juventud el brío.

Las angulosas guijas al instante
fueron por la vorágine sorbidas.
Y en tropel, al azar de la onda errante,
a recíproco frote sometidas.

Y en baraúndas cada vez crecientes
la turba de subácueos peregrinos
a tumbos fue salvando las pendientes
y en los cuencos girando en remolinos,

hasta que de sus puntas y perfiles
al violento volcar se desprendieron
innúmeras partículas sutiles
que a flote el rumbo del raudal siguieron.

Tal fue mi origen, el preciso punto
de do parte mi historia. La figura
de mi cuerpo infantil era disyunto
corpuscular enjambre sin hechura.

De esa lid subacuática reñida
por los bravos erráticos fragmentos,
fui yo la pétrea sangre difundida
en los senos de la onda trémulentos.

Era informe, voluble muchedumbre
de undívagas moléculas que daban
pálido viso de ambarina lumbre
al diáfano cristal en que flotaban,

y que mi germen fueron primitivo,
como esas linfas fueron mi fortuna,
aquella cumbre, mi linaje altivo,
y ese cauce de pórfido mi cuna.

.....
× × ×

LA FUENTE DE NEMOCON

Desde tu gruta nativa
al pie de rudo peñón,
llorando vienes cautiva
las penas de tu prisión;

que para ti no hay aromas,
sobre ti no luce el cielo,
ni a tu raudal las palomas
sedientas baten el vuelo.

Huyó de ti la fortuna
en el albor de tu vida,
y fue tu indefensa cuna
por el hombre sorprendida;

y hoy tu cauce es catatumba
porque así lo quiso el hombre:
tu manantial, hueca tumba,
sin una flor y sin nombre.

Tus hermanas a la aurora
exhalan cándida niebla,

¡ay de ti! mientras devora
tus sollozos la tiniebla.

Ya no mulle fresco grama
las márgenes de tu lecho,
ni con tus perlas recama
su encaje el tímido helecho.

La madreSelva no extiende
sobre ti sus pabellones,
ni tus remansos defiende
la zarza con sus festones;

ni de la flor deshojada
los despojos virginales
van de cascada en cascada
navegando en tus cristales...

Sólo murmuras querellas
en noche desoladora,
noche sin cielo ni estrellas,
sin fragancias, sin aurora.

Que si aromas derramara
sobre ti nocturno viento,
¡ay! si el alba serenara
tus cristales con su aliento,

tan fresca tu linfa fuera
que a la mujer y a las rosas
tal vez apagar pudiera
la sed de ser más hermosas.

Mas para ti no hay aromas,
sobre ti no brilla el cielo,
ni a tu raudal las palomas
sedientas baten el vuelo;

que tu lecho es catatumba
porque así lo quiso el hombre;
tu manantial, hueca tumba
sin una flor y sin nombre.